

Martín Preisegger, M. E. (diciembre, 2023). "Ese verano a oscuras: adolescencias, entre la violencia y la asfixia". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 17 (9), pp. 222 – 226.



Mariana Enríquez
Ilustraciones de Helia Toledo
Ese verano a oscuras
Madrid
Editorial Páginas de Espuma
2019
72 páginas

Ese verano a oscuras: adolescencias, entre la violencia y la asfixia

María Emilia Martín Preisegger¹

Ese verano a oscuras es un relato de Mariana Enríquez, escritora oriunda de Buenos Aires nacida en 1973, que está construido a partir de fragmentos cortos y se encuentran acompañados por las ilustraciones de Helia Toledo, artista e ilustradora de Madrid. A partir de estos recortes, se recorren unos días de la adolescencia de la protagonista y de Virginia, su amiga y vecina del edificio Las Torres.

En la ilustración de la tapa, dos chicas se encuentran fuera de un edificio, sentadas contra una pared. La imagen está coloreada con tonos sepias más claros y más oscuros: en el lado más oscuro, las chicas parecen estar al “reparo” del sol

¹ Estudiante del Profesorado en Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata.

contra un muro de cemento, y el otro lado más brillante, es el sol que irrumpe en la construcción. Así, se crea una imagen urbana de la ciudad que intensifica sus aspectos desolados, desérticos. No hay más que pavimento y cemento y una búsqueda de la sombra.

El título contiene una coordenada temporal específica: el verano. La protagonista relatará las vivencias propias de los adolescentes durante la estación: las reuniones con Virginia en el reparo del edificio para fumar, los encuentros en la pileta para refrescarse, la preferencia de la ropa negra y la palidez, estilo *gore*, la compra de marihuana a “un *dealer* sospechoso” (p. 4) y el común espacio de la palabra en los que la lectura resulta fundamental. Las imágenes de Helia Toledo que se entremezclan con los fragmentos tienen, asimismo, temáticas en común: aparecen las mismas chicas u otros personajes, hay claros y oscuros que podrían simbolizar el reparo del día, también hay mucha utilización del color negro en el cielo o en los edificios. Las ilustraciones, de esta manera, acompañan la lectura de los fragmentos y la temática que en ellos se sucede.

Todas estas imágenes y fragmentos textuales sintetizan cierta experiencia de la vida en la ciudad, el asfalto y el sol en tanto asfixia. Además, esa sensación de opresión parece imposible de ser paliada porque el ventilador es un elemento estático en una esquina, sin uso. Sumado al verano, se encuentra también la oscuridad. La oscuridad, no obstante, no se presenta como el alivio de la noche en una temporada de caluroso verano sino que es un tema recurrente y es que la protagonista dirá: “Ese verano la electricidad se cortaba por orden del gobierno, para ahorrar energía, en turnos de ocho horas” (p. 4).

Un nuevo vivir afuera

Todos ellos son marginales y, a su vez, todos marginan, todos tienen de algún tercero una idea discriminatoria: ninguno está, entonces, en el centro de nada.

Rodolfo Fogwill, *Vivir afuera*

La oscuridad mencionada en el título puede referirse no solo a la falta de luz sino también podría funcionar como una metáfora de los sucesos que acontecen en el edificio de Las Torres y como alegoría del país en general. La trama, poco a poco,

dará pincelazos del contexto subyacente: la hiperinflación de 1989. Se menciona la falta de trabajo, los edificios hechos con poco presupuesto, cuánto suben los cigarrillos a lo largo de una sola jornada y la poca posibilidad de un futuro, en el que la muerte habita. La muerte es el tema principal en la vida de las adolescentes porque, fanatizadas con un libro de asesinos seriales, es lo único de lo que hablan. Pero, además, la muerte, en esos edificios, abunda. No es simplemente mediada por la lectura sino que forma parte del día a día: la protagonista aprende de los generales asesinos de la dictadura, su amigo Pity muere de SIDA y, además, su vecino Carrasco mata a su esposa y a su hija Clarita. En medio del acontecer creado de fragmentos que asfixian la violencia se cierne sobre los personajes. Los asesinos seriales ya no son solo personajes de un libro, la muerte está en la vida cotidiana de la protagonista a partir de las fantasías e imágenes que ella representa en su cabeza: piensa en cómo la asesinaría un hombre de sus libros y cómo colgó Clarita del cuello luego de ser asesinada por su padre.

Sin embargo, desde su perspectiva, ella define toda la situación como un verano aburrido “del apocalipsis”. Hay una clara diferenciación de puntos de vista: mientras los adultos se lamentan por la incertidumbre y la imposibilidad de darle a sus hijos mejores vidas, los adolescentes piensan en cuánto lamentan que no haya luz para ir al cine y escuchar música. La protagonista, pese al contexto que la rodea, vive el verano con los placeres que le son propios: la lectura, la compra de caramelos ácidos y los juegos de carrera para ver quién sube más rápido los pisos cuando el ascensor no funciona por los cortes de luz. Si los adultos temen a la vuelta de Carrasco, ella espera poder ver el noticiero y qué nuevas pistas se encuentran del caso.

La mirada de la adolescente podría parecer morbosa, pero en realidad es que no se toma a la tremenda los sucesos que aterran a los adultos. Ella dice en voz alta que los dictadores son asesinos, asiste al funeral del Pity cuando nadie quería agarrar su mercancía en el kiosco y también piensa constantemente en la niña muerta. La naturalidad en la perspectiva adolescente es un tema en común en todos los fragmentos: mientras que se lamenta de la falta de velas para leer a la noche, hay referencias al femicidio, y, a continuación, sin mediar sobresaltos, el relato es una aventura veraniega.

Sin embargo, el hastío de la adolescencia y la incertidumbre siempre se encuentran sesgados por el caudal de violencia alrededor, no solo del edificio sino también del país. Tal como menciona la adolescente, existe una “necesidad de huir y la certeza de no poder escapar”. El edificio de Las Torres, como aquel matadero echeverriano, es una sinécdoque de Argentina: no hay salida del edificio porque no hay trabajo ni dinero, ni tampoco hay escape del país porque, como dice su padre, su abuelo se nacionalizó argentino. La adolescente quiere librarse del departamento, del edificio y siempre se encuentra huyendo pero, hacia el final, siempre vuelve a su habitación a encontrarse con su única salida real: continuar leyendo a la luz de las velas, hasta que éstas le permitan hacerlo.

Hacia el final del relato, cuando cree haber visto a Carrasco, se encuentra con la posibilidad más real del peligro. El riesgo es tangible, no es una posibilidad que se encuentra solamente en la ficción. Anteriormente, luego del crimen, había pensado en las de posibilidades de verlo pero cuando el encuentro realmente acontece, sólo huye con su amiga, a los gritos. Además, el descreimiento por parte de la policía, la creencia de sugestión por parte de los vecinos y el desacuerdo con los mayores ponen constantemente a prueba a la adolescente. Por eso, cuando la luz regresa, cuando los adultos sienten un alivio, un ya pasó, ella continúa sumida en la oscuridad interior del desconsuelo.

La violencia que se construye a lo largo del relato continúa hacia el final, cuando en el último fragmento la protagonista se concentra en Clarita. En él se expresa una imagen muy vivida del momento de su muerte: se la asemeja a una piñata colgada, en la sangre, en la cara golpeada y en la lluvia y el tiempo que no pueden sacar las manchas de sangre. Es que la sangre no se limpia tan fácilmente y esta frase podría condecirse con la imposibilidad de borrar así nomás la violencia y los rastros que ésta ha dejado en las personas. No es gratuito, asimismo, que la última ilustración de Toledo va a pintar sea esta escena: dos personajes, uno violentado y el otro observando desde la ventana este crimen.

El clima de asfixia es totalizador: se da en la tematización del calor pero también en la opresión de la violencia desmedida, de la que no se puede escapar y de la que no se encuentra desahogo: no se puede escapar ni del edificio ni tampoco

de Argentina. Así, la protagonista de tan solo 15 años debe pasar el día a día buscando una manera de pasar ese verano de 1989, con la compañía de Virginia.

Este libro puede ser leído tanto por adolescentes como también por adultos. En el recorrido de los fragmentos, la autora muestra otros costados de la idealización de las infancias y adolescencias; no es un tiempo en el que “no se dan cuenta de nada”, no ignoran lo que pasa a su alrededor sino que emiten constantemente juicios de valor de lo que oyen de los adultos. Mariana Enríquez puede demostrarnos que la dura vida del adulto se sitúa en el interior de la experiencia de los jóvenes.